

—Nadie te ha visto?

—Nadie; pero es necesario salir de esta casa, la miseria es un espectáculo que me aterra.

—Es tan buena esta familia, que ya sentiría dejarla.

—Sí, tienes razon, pero es preciso, esta noche iré á buscar otro lugar mas seguro y mas cómodo al mismo tiempo.

—Yo sé que nada tengo que temer á tu lado, que me cuida el ángel de nuestros amores, que tú brazo me defiende de la desgracia.

—Sí, Rosalía, yo tengo valor para afrontar esta situacion, tú y mi conciencia saben que antes que atentar á tu honor me levantaría la tapa de los sesos.

—Gracias, Antonio, gracias, dijo la jóven deshecha en lágrimas; Dios te ha puesto á mi lado como una sombra amiga y protectora, yo te pagaré con este cariño que arde mas y mas en mi corazon.

El estudiante estrechó contra su pecho á la infeliz criatura.

Mientras los amantes entraban en esa confidencia amorosa, en que se exhala el perfume todo del corazon y del sentimiento, la cara abominable de la vieja se asomó como una aparicion del infierno entre los cañaverales que rodeaban la choza de Pedro el Negro.

CAPITULO IX.

EN NOMBRE DEL SANTO OFICIO.

I.

El doctor don Pedro Núñez de Clavijero, inquisidor de México, era uno de los personajes mas influyentes en la corte de su excelencia el virey Branciforte, y su aristócrata persona rara vez se dejaba ver de los amigos y menos de las personas que tenian negocios con el Tribunal de la Fé.

El doctor Núñez de Clavijero era portugues, y á pesar de la odiosidad de los reyes de España, su magestad Carlos IV le tenia grande estimacion por su talento y vastos conocimientos.

Hacia seis meses que la Inquisicion de Madrid lo habia nombrado inquisidor de México y acababa de tomar posesion de su alto empleo.

Branciforte lo recibía en su intimidad y apreciaba en mucho sus consejos, que eran sabios y prudentes como de un docto varon y hombre de mundo.

El inquisidor era la persona mas escrupulosa en materias de fé, acaso por estar tildados los portugueses de hereges.

El inquisidor era inflexible con los acusados de brujas y hechiceras, su corazón no se conmovía á los clamores de los infelices á quienes aplicaban el tormento, y sus sentencias eran terribles é inexorables.

Los acontecimientos de Valladolid habian llamado por entonces la atención pública, por estar relacionados con el asalto de las Cruces y el conato de homicidio perpetrado en la persona de fray Angel de la Divina Infantita.

El inquisidor tenia en sus manos la causa instruida por el delegado del Santo Oficio, en ella constaba el incendio de la choza, la reaparición de la bruja en las montañas del camino y la plática del portugues Treviño con ella.

Constaba, además, que la hija del reo habia escapado con el familiar del obispo llamado Antonio Pedraja, y aquello de las brujerías del padre Pontolongon y del barbero.

Núñez de Clavijero leyó la lista de los presos, é inmediatamente y por auto en forma, mandó que se buscara á los prófugos suspendiendo el curso del proceso hasta el restablecimiento de fray Angel que se hallaba gravemente enfermo.

El padre Pontolongon pedía hablar; pero el inquisidor inflexible á todos los pedimentos de los reos, contestaba: que ya los haría hablar el tormento mas de lo que ellos quisieran.

Agitado se encontraba Núñez de Clavijero con una causa tan ruidosa, y mas aún, con la denuncia presentada por fray Angel acerca de ciertos rumores que se dejaban correr sobre el rector del colegio de San Nicolas.

Como las acusaciones hechas á los eclesiásticos eran tan delicadas, el inquisidor tomó el prudente partido de enviar una comunicacion secreta al obispo de Michoacan para que se separara del colegio de Valladolid al rector y lo enviara á un curato.

El obispo nombró cura de almas de la Villa de San Felipe, al presbítero don Miguel Hidalgo, lo que causó un gran sentimiento en la ciudad.

El inquisidor dió parte al virey de esta providencia, y su excelencia se enteró de que habia un eclesiástico peligroso por sus ideas avanzadas.

Decíamos que el inquisidor revisaba el proceso de los complicados en la acusacion de Valladolid, pensando qué se habria hecho la jóven á quien le enviaron la bruja para hacerla caer en los amores de don Joaquin de Ramos.

—Esa desgraciada, pensaba el inquisidor, será presa de algun maleficio, porque Pedraja está tentado por el demonio; ya aparecerá todo el dia de la prueba. Ese portugues que está en los calabozos, debo conocerle, su apellido no me es extraño.... tendré que ser severo, muy severo con él; porque segun las declaraciones de los testigos hablaba con la bruja, acaso habrá entregado su alma á Satanás.... esto sí es muy peligroso.... el barbero me parece un desgraciado que apeló á hechizos para satisfacer su hambre de oro ¡miserable!.... Ese clérigo Pontolongon.... Pontolongon.... me parece haber leído ese nombre en alguna parte.... sea de ello lo que fuese, pronto veremos claro.

Quedóse el inquisidor pensando sobre los resultados de aquel proceso, cuando un lujoso camarista se presentó en la estancia.

—Perdone su señoría si entro sin ser llamado; pero hay en el zaguan una mujer que dice ser de urgencia hablar con el señor inquisidor.

—Que suba, respondió Núñez de Clavijero.

El camarista corrió á introducir á la mujer.

—Qué podrá ofrecerse?.... esperemos.... hace dias y desde que esta causa ha venido á mis manos, recibo continuamente anónimos y amenazas.... esto es de ordenanza.... se me asegura que hay una trama contra mi vida.... pongámonos en guardia por lo que pueda acontecer.

El inquisidor abrió un cajon de su bufete, sacó un puñal y se lo guardó bajo los hábitos.

II.

El camarista dejó á la vieja en el aposento de Núñez y se retiró.

La mujer se acercó al inquisidor y le besó la mano, que este le alargó á la mayor distancia.

—Su señoría me perdonará el atrevimiento de presentarme en su casa, en gracia de lo que voy á tener el honor de revelar.

—No es adocenada esta vieja, pensó el inquisidor.

—Tal vez por mi edad se halle mas exaltado sentimiento religioso, no obstante de que siempre he sido fanática por la religion de mis padres.

—Bien, adelante.

—Público y notorio es el hecho escandaloso de la bruja de Valladolid, que apareció despues en las Cruces y hablaba con el portugues Treviño, precisamente en los instantes de su aprehension.

—Seguid.

—Público es tambien que la hija de Treviño desapareció favorecida por la hechicera, con ese hombre pervertido llamado Pedraja.

—Y qué teneis vos que ver con todo eso?

—Creo que algo, señor inquisidor.

—Pues hablad claro.

—Esa criatura, hija de Treviño, es inocente, inocente como vos mismo en el crimen nefando de heregía.

—Se me haceis sospechosa en alto grado.

—No lo temo, señor Núñez de Clavijero.

—Proseguid.

—Pues vengo á proponeros un convenio.

—Os atreveis á----?

—Silencio, caballero, no armeis un escándalo infructuoso, dijo la vieja, y se posesionó de la campanilla que estaba sobre el bufete.

El inquisidor comenzó á influenciarse con la presencia de aquella mujer.

—Habladme claro, señora, decidme quien sois---- porque me creo presa de un hechizo.

—Vos, hombre de talento, de grande instruccion y capacidad, creis acaso en esas sandeces?

El inquisidor se santiguó devotamente.

—Vengo, señor, á proponeros un cange: os doy á Pedraja, á ese asesino de Ramos, por el portugues, á condicion de que no habeis de juzgarlo y me dareis una órden para verle todos los dias en su calabozo.

—Que me entregareis al familiar?

—Sí, al momento.

—Y qué interes puedo tener en ese convenio?

—Dios no quiera que lo llegueis á descubrir.

—Esplicad ese misterio.

—No, no lo diré jamas.

—Y vos para qué quereis á Treviño?

—Quiero verle encadenado, temblando ante la hoguera á merced de mi voluntad, para satisfacer una venganza.

—Me horrorizais!

—Os hablo la verdad.

—Pero quién sois?

—No lo sé, pero yo os conozco á vos, Núñez de Clavijero.

—Os voy á hacer prender, hasta ahora no creia en las brujas; pero sé que estoy delante de----

—De una de ellas, no es verdad? dijo la vieja soltando una terrible carcajada.

—No, esto no es un sueño!

—Ponedme la orden que solicito y ofrecedme no juzgar á Treviño.

—Sea, dijo el inquisidor; pero decidme donde se encuentra Pedraja.

—Aquí teneis en este papel una relacion que os llevará hasta encontrarle.

Núñez puso la orden pedida por la vieja, seguro de retirarla inmediatamente, lo que trataba era de librarse de la bruja.

—Cuidado con aprehender á otra persona de esa casa.

—Perded cuidado.

—Ved que os costará mucho si no cumplís vuestra palabra.

—Está bien.

—Adios.

III.

—Esta es una horrible pesadilla, dijo el inquisidor, los portugueses dan una guerra terrible; lo que acaba de pasarme es horroroso, esa vieja es una hechicera, Dios mio!----- á qué fin querrá verse con Treviño?----- quiere alejarme de ese hombre----- no comprendo su objeto----- pero yo no debo cumplir esa palabra, porque mi deber está por cima de todo..... recuerdo la amenaza "rogad á Dios no se descubra este misterio"----- me hacen temblar esas frases----- vaya, que estos negocios de la Inquisicion son capaces de volver el juicio al menos nervioso!

Núñez de Clavijero estaba sobresaltado, sabia que un misterio le rodeaba sin comprender cual fuera, y almismo tiempo se sentia temeroso de que se descubriese.

A fuerza de reflexionar sobre la aparicion de aquella mujer, trajo á su memoria algun recuerdo, le parecia conocer el timbre de aquella voz mal encubierta bajo el acento fingido de la decrepitud.

Desechó aquel pensamiento como inoportuno, y tomando otros papeles que estaban sobre el bufete se puso á hojear los expedientes.

Habia pasado media hora cuando el timbre de la campanilla anunció la llegada de alguna persona.

—Es don Blasco de Guevara, dijo el inquisidor, y se dispuso á recibir á su visita.

Abrióse la puerta, y un personaje alto, enjuto, pálido, de bigote y piocha blancas, vestido todo de negro, con vuelos blancos en el cuello y mangas, y con una espada al cinto, se acercó al inquisidor con grandes muestras de consideracion.

—Señor de Guevara, venís á tiempo.

—Será la primera vez, porque siempre me creo importuno.

—En eso haceis ofensa á nuestra buena amistad; tomad asiento que tenemos que hablar.

Sentóse don Blasco y aguardó á que el inquisidor diera principio.

—Siempre he tenido fé en vuestros consejos, y ellos, aquí en México como en España, me han servido de guía en las horas mas comprometidas de mi existencia.

—Siempre me habeis dispensado grande afecto, á lo que estoy sumamente agradecido.

—Pues bien, me encontrais en un momento de agitacion, acabo de hablar con una bruja.

Sonrióse don Blasco.

—No os burleis, Guevara, que es verdad lo que estoy diciendo.

—Ya os escucho, amigo mio.

—Sabeis que en la cárcel del Santo Oficio existen los reos de Valladolid y entre ellos un portugues?

—Algo sé de ese escándalo.

—Yo soy encargado de la formacion de la causa y tendré que habérmelas con gente brava.

—Ya los conocemos.

—Pues oidme, hace un momento que se me ha presentado